

Tiempos extraños

La pluralidad humana como diversidad temporal

Daniel Innerarity

La conducción de la propia vida, el modo de llevar a cabo nuestros fines, está en función de la respuesta que demos a la cuestión de si estamos solos en el universo. La relación con otros sujetos –reconocida, apreciada o lamentada– modifica sustancialmente la idea que nos hayamos forjado acerca de lo que pueda ser una vida buena. Pues bien, los otros son, fundamentalmente, otros tiempos. Convivir significa acompañar razonablemente el tiempo propio y el tiempo de los demás. La principal fuente de extrañeza es la temporalidad de los demás, no tanto su localización en un espacio alejado. Además, con esos tiempos extraños nos relacionamos más que con los lugares lejanos. Voy a tratar de defender una concepción más temporal que espacial del otro, con todas las consecuencias que se siguen de esta consideración. La hospitalidad resultará una cuestión estrechamente vinculada al respeto del tiempo de los demás y no tanto –o no sólo– un respeto de sus ámbitos espaciales.

1. El otro como categoría temporal

El hombre es un ser extemporáneo, un animal de temporalidad excéntrica, alguien cuyo tiempo no está en perfecta coincidencia con el de los demás. También desde el punto de vista del tiempo habitamos el mundo en plural. Considerado desde la propia temporalidad, el otro es generalmente un ser inoportuno, que se nos escapa o detiene nuestra velocidad particular, alguien que tiende de manera molesta a adelantar o retrasar. Entre unos y otros se interponen las múltiples disonancias del antes y el después, que son reguladas por un conjunto de virtudes eminentemente temporales, como la paciencia, la constancia o la puntualidad.

Los otros son los más lentos o los más rápidos que nosotros, los que habitan una temporalidad que, por las razones que sean, nos resulta extraña o nos parece impropia. Con la pérdida de significado del territorio el espacio

ha cedido al tiempo su función central en las disputas humanas. Los nuevos extraños no son los que viven lejos sino los que viven en otro tiempo. Los márgenes no son un ámbito territorial sino una categoría temporal. El respeto tiene algo que ver con las categorías espaciales –con límites, umbrales y fronteras, con sedes, jerarquías, centros y periferias– pero también con categorías espaciales como la paciencia, el ritmo, el acompasamiento, la puntualidad, la coordinación y la demora. El actual «provinciano», el «localista», el habitante de la «periferia» es un narcisista de su propio calendario o alguien a quien no se permite acoplar su tiempo a un tiempo público en el que se tramitan las oportunidades vitales, como el poder, el empleo o el reconocimiento. El marginado no está en la periferia espacial sino que vive literalmente en otro tiempo.

La guerra de los sexos, por ejemplo, tiene una significación más temporal que espacial, es un conflicto entre la explosividad y la ternura, una tensión inédita entre el deseo y la lealtad. Por eso no se entiende bien, a mi juicio, la liberación de la mujer si se apunta únicamente a la constitución de un espacio particular. Lo discutible es el entramado público de los tiempos que se configuran en el mundo de los medios de comunicación, en las costumbres sociales y las legislaciones. Tal vez Virginia Woolf debería haber reivindicado un tiempo propio, más que un espacio privado, como cifra de la emancipación. La discriminación entre los sexos, los conflictos de interés, las exclusiones sociales, las formas sutiles de poder se articulan en torno a una dominación del tiempo más que a una posesión del espacio. Los mecanismos de exclusión son hoy menos ocupaciones del territorio que apropiaciones del tiempo de los demás, bajo la forma de la aceleración, la impaciencia o la impuntualidad. Este es el nuevo eje de los conflictos sociales: imponer el tiempo. Aunque tal vez no seamos muy conscientes de ello, ya no luchamos tanto por apropiarnos de determinados espacios, por trazar fronteras y asegurar emplazamientos como por quitar el tiempo a otros, por hacernos con la hegemonía del tiempo. Las fronteras se crean con la velocidad y no con el asentamiento; se trasgreden con la aceleración y no con el desplazamiento.

Buena parte de las decisiones que adoptamos, personal o colectivamente, implican decisiones acerca del tiempo de otros, en el pasado y en el futuro. Con la amplitud inusitada de muchas de nuestras acciones estamos operando en tiempos que fueron o que serán de otros. Continuamente estamos seleccionando qué queremos conservar o desechar del patrimonio que otros nos entregaron y qué vamos a dejar a quienes vengan después. El alcance futuro de nuestras decisiones es verdaderamente espectacular y merece una atención cada vez más responsable. Estamos en condiciones de hipotecar